

Wagner en Manaos

Pablo Espinosa

El navío de Fitzcarraldo surca el Amazonas.

En el pequeño puerto de Manaos, la tripulación desciende para un acontecimiento nodal: Richard Wagner cumple doscientos años y para festejarlo estrenan una nueva versión de *Parsifal*, su ópera póstuma.

Manaos palpita entonces en medio de la selva.

El Teatro Amazonas, inaugurado en 1897 como un parto feliz de la *belle époque*, es la joya de la coronaria selvática; sus sístoles y diástoles trazan un electrocardiograma que en realidad es la bitácora de navegación de miles y miles de músicos que han desfilado por este teatro legendario, en un peregrinar que parece obstinarse en perpetuar la antigua búsqueda de El Dorado y la persecución del Grial.

¿Ópera en medio de la jungla? Locuras peores ha cometido el ser humano.

Son las seis de la tarde del 22 de mayo de 2013. La excelente orquesta Amazonas Filarmônica hace sonar el Preludio inicial de *Parsifal*.

La batuta de Luiz Fernando Malheiro brilla en la oscuridad del foso desde donde la música oceánica del compositor alemán inunda la floresta entera.

Más de cinco horas de música.

Afuera, respira la selva.

El libreto de *Parsifal* fue escrito por el propio compositor, Richard Wagner, luego de que leyó, en 1845, el poema épico *Parzival*, de Wolfram von Eschenbach.

La acción, reza el libreto, se desarrolla “en la floresta” y aquí estamos, precisamente en la floresta.

De acuerdo con el diccionario, *floresta* es zona selvática o boscosa.

Hela aquí.

De hecho, el compositor brasileiro Heitor Villa-Lobos tituló una partitura monu-

mental salida de su puño y letra como *Floresta do Amazonas*.

Y es que aquí, en Manaos, la floresta pesa toneladas verdes y líquidas. Ligereza. Cuando el navegante ve la lluvia que cae muchos kilómetros río adelante, él también se vuelve agua. Lluvia sobre el río. Llueve sobre la lluvia. Acuérdate de que eres agua y en agua has de discurrir.

Afuera del teatro, durante uno de los dos intermedios de los tres actos que componen *Parsifal*, se percibe la respiración de la floresta:

Desde uno de los balcones de este hermoso edificio escuchamos el canto de la noche: el leve rumor urbano de Manaos y, a lo lejos, el canto de las aves, el deslizarse de las serpientes, el griterío de los macacos, la danza de los delfines, la suave trama de las ramas repartiendo abrazos cálidos a 36 grados en plena medianoche y con la humedad más intensa del planeta entero.

En escena, el Corpo de Danca do Amazonas, dirigido por Ruby Tagle, se reparte en acciones corales y en paralelo al trazo escénico con los actores-cantantes: las manos en posición de mudra, el gesto corporal entero, los pies desnudos sobre el piso se deslizan en clara actitud como en la que se practica la meditación budista caminando, o meditación caminando.

Para éste su proyecto operístico conclusivo, Wagner echó mano de los conocimientos que adquirió de la lectura que hizo en 1854 de la *Introducción a la historia del budismo*, de Eugène Burnouf.

Dos años después de esa lectura, Wagner escribió *Die Sieger* (*Los victoriosos*), un boceto de una ópera basada en la historia de la vida de Siddharta Gautama. Esa ópera quedó sólo en bosquejo. Pero Wagner retomó, en *Parsifal*, algunos elementos del bu-

dismo, como la reencarnación, la renuncia de sí mismo, y en especial la compasión. Aunque esos elementos budistas en realidad los toma Wagner para utilizarlos de manera arbitraria, además de mezclarlos, en una conjunción improbable, con elementos del cristianismo.

La incompatibilidad más notoria es el significado del término *compasión*, que en budismo es el del amor incondicional a todos los seres, mientras en la religión cristiana *compasión* se toma como “padecer con” o, en un sentido negativo, casi como el sentir lástima: “compadecerse de alguien”. Además, que el budismo no es una religión, sino una práctica.

La polémica que acompañó toda su vida y acompaña doscientos años después a Wagner también habita en *Parsifal*: para empezar, Friedrich Nietzsche abominó de esta obra, indignado y desilusionado porque luego de que había admirado el sentido crepuscular, catastrófico de la *Tetralogía* y de *Tristán e Isolda*, no admitió que Wagner se tornara, en *Parsifal*, un corderito lindo y redimido, arrepentido de su vida loca y capaz de escribir un final feliz.

Para Sergio Vela, el director de la puesta en escena de esta ópera en Manaos, el tema de *Parsifal* “es el de la compasión y el renunciamiento. Es una obra de altísimo contenido espiritual e implica un proceso iniciático, pero no constituye una nueva religión ni una nueva misa”. Wagner, según apunta Sergio Vela, “utiliza símbolos cristianos a la vez que subraya su filiación schopenhaueriana y la influencia del budismo”.

Para su trazo escénico, indica, “he optado por enfatizar la dilatación del tiempo, antes que pretender luchar contra ese aspecto esencial de una partitura deslumbrante y de una acción exterior que está reducida al

mínimo necesario para establecer y desarrollar el discurso dramático”.

Manaos. Magia. Una ópera cuyos personajes son los Caballeros del Grial. Una historia en la que la leyenda artúrica ya está ubicada en el resguardo del Grial. Ya no buscamos al Grial. Está en resguardo. Pero hondamente amenazado. De hecho, Wagner escribió en su famoso texto titulado *Religión y arte*, en 1880, que “en tiempos en los que la religión va desapareciendo como refugio y posibilidad del alma para expresarse, el arte puede adoptar esa función”. Porque, según ese texto de Wagner, “una obra artística puede hacer creíble, mediante el uso de símbolos, lo que en la religión se considera un suceso o proceso real”.

Según la leyenda artúrica, “la sangre de Cristo” fue recogida en un cáliz y este recipiente emite una luz roja que dispensa energía.

Para Wagner, la palabra tenía que interpretarse etimológicamente como Sangue reale = San Greal = Sankt Gral = Santo Grial. “El Grial como copa dadora de vida: un símbolo de la madre primigenia”.

Manaos. Magia. La Madre Tierra.

Wagner subtítulo *Parsifal* así: “Ein Bühnenweihfestspiel” que, indica Sergio Vela, suele traducirse erróneamente como “un festival sagrado”, cuando lo correcto es “un festival para la consagración de la escena”.

Entre los muchos aciertos y a diferencia de prácticamente todas las existentes, en esta puesta en escena no aparece ningún cáliz, solamente una oquedad, el vientre de la Tierra desde la cual emana un vapor de color rojizo que irradia energía.

El color rojizo de la tierra honda de Manaos, que en el río Amazonas dota de color rosado a los delfines. El color rojizo del urucú, esa semilla colorante cuya tintura vegetal fue depositada por indígenas en el rostro de los navegantes para brindarles energía y protección.

En medio de la floresta, en el Teatro Amazonas mientras tanto, los personajes de la ópera son los siguientes: Anfortas, rey soberano del Grial, interpretado por el barítono mexicano Noé Colín; Titurel, su padre, personaje a cargo del bajo brasileño Pe-

pes do Valle; Gurnemans, Caballero del Grial, ejecutado por el bajo brasileño Diógenes Randes; Kundry, el personaje femenino por antonomasia entre todos los que creó Wagner, es interpretado por la soprano rusa Olga Sergeyeva. El papel principal, el de Parsifal, lo encarna el tenor estadounidense Michael Hendrick.

Magia. Manaos: Wagner incorpora otros personajes fascinantes en su ópera final: Las Jóvenes Mágicas, seis sopranos; Dos Caballeros del Grial, un tenor y un barítono; Cuatro escuderos: soprano, contralto, dos tenores; Voz de las Alturas: contralto; La Hermandad de los Caballeros del Grial, jóvenes y niños, jóvenes mágicos (coro). Lugar y época: inicio de la Edad Media, Castillo de Montsalvat, en medio de la floresta.

Manaos palpita en medio de la floresta.

Entre los aciertos de la puesta en escena de *Parsifal* en Manaos, en el bicentenario de Wagner, está la decisión de ubicar tanto la “Voz de las Alturas” como el coro de jóvenes mágicos, en los palcos que es-



© Pablo Espinosa



© Pablo Espinosa

Teatro Amazonas, Manaos, Brasil

Escena de la ópera *Parsifal* de Richard Wagner dirigida por Sergio Vela, Manaos, 2013

tán justo pegados al techo del Teatro Amazonas. El efecto es: mágico.

Magia. Manaos: Klingsor, el malo de la historia, es mago. Kundry, el personaje femenino central, es maga. Las Jóvenes Mágicas son muchachas-flor y bailan un vals lento. Todo sucede en la magia.

Tanto Kundry como Anfortas, y prácticamente todos en escena, buscan y anhelan la redención. Los Caballeros del Grial pretenden vivir en armonía pero Klingsor ambiciona el poder y pone a las Jóvenes Mágicas fuera del castillo para que seduzcan a los puros y pierdan su poder. Anfortas cae en la trampa y queda herido con la lanza sagrada. Sanará hasta que un “tonto puro”, o bien un “inocente puro” se vuelva inteligente por la compasión.

Ese “tonto puro” no es otro que Parsifal, cuya madre, luego de perder al marido en batalla, aparta al vástago del mundo, lo confina en la selva y lo aleja de todo conocimiento humano. No conocerá el mal hasta que Kundry lo seduzca, en una escena solamente comparable en intensidad sexual y belleza inefable a *Tristán e Isolda*, y será Kundry entonces quien revele a Parsifal la verdad acerca de su biografía, sus orígenes, y él, al adquirir el conocimiento, “se ilumina”, se vuelve sabio y redime, sana a Anfortas y salva y redime a Kundry, quien dejará de vagar como El Holandés Errante en la eternidad, en un eco, o vuelta de tuerca al concepto budista del sufrimiento, que termina en cuanto el iluminado rompe con el ciclo de reencarnaciones y se vuelve luz. Retorna al origen.

Magia. Manaos. Retorno al origen.

Viajar a Manaos es retornar al origen, palpar la magia. Navegar sobre el Amazo-

nas constituye así el viaje iniciático que, no hay casualidades, contiene en su sentido más profundo la ópera *Parsifal*, que es en sí misma un viaje iniciático también.

Abrir los ojos en Manaos significa muchas cosas: ver el esplendor del planeta que, no obstante, la especie humana está destruyendo. Es también observar, palpar el paisaje y sentirse parte del cosmos.

Navegando en el Amazonas es dable adentrarse en los manglares, sentirse parte de la floresta inundada por esta quinta parte del agua dulce del planeta que el río Amazonas conduce hacia el Atlántico: 150 millones de litros de agua dulce por segundo que vienen desde Los Andes y después de 6,400 kilómetros de recorrido se vierten en el océano.

Este río-mar tiene una extensión de dieciséis kilómetros de una de sus riberas hasta la otra. Cuando se juntan los ríos Negro y el Amazonas, el navegante puede ubicarse en esa frontera absolutamente visible porque el río Negro conserva su tonalidad oscura y el Amazonas la suya amarilla, pero nunca se juntan, nunca se confunden, viajan en paralelo y el navegante puede introducir la mano en ambos ríos y palpar la diferencia de 4.5 grados centígrados entre un río y el de junto y este río-mar es la casa también de tres mil especies de peces, de los cuales en los restaurantes más sencillos de Manaos se pueden degustar los manjares más exquisitos, entre ellos el pez matrinxá, que sabe a Nirvana, pero también el tucunaré, el tambaqui, la sardinha, el pirarucu...

Habitan allí también en ese río-mar la piraira y la pirairara, los peces más temidos en el Amazonas, que llegan a medir hasta doce metros de longitud, en contraste con

el mito tejido alrededor de la minúscula piraña.

Mito. Mitología. Saber antiguo. Como la intuición, la naturaleza de un ser puro que posee Rony, un muchacho que le da de comer en la boca a los delfines y danza con ellos en el Amazonas, junto a su casa flotante construida con asacú, una madera que flota más que las otras.

En una de esas casas flotantes, una pequeña niña amazónica juega y canta y baila al mismo tiempo que cumple sus labores cotidianas de limpieza: lanza una cubeta al río, atada a un cordel blanco, y mientras lo hace grita en su dialecto dulces palabras que parecen canto de sirena. Mientras avanza la embarcación, el navegante puede observar del otro lado de la casa flotante a la madre de la pequeña, que utiliza el agua que le lleva la niña para lavar a mano la casa de madera flotante, pintada de verde luminoso que se une al verde natural de la selva.

Junto a los delfines, que hacen su danza alrededor de la embarcación, en giros simpáticos por imprevisibles —saltos que brillan con el sol relampagueante en sus cuerpos que uno juraría son de sirenas, porque las sirenas existen, de eso hablan testimonios recogidos por científicos recientemente en Israel, Groenlandia, Noruega y otros sitios—; uno, navegando en el Amazonas, podría jurar que las sirenas cantan junto a los delfines cuando danzan todos, todas, juntos.

Manaos. Magia. A sus habitantes les llaman amanenses o amanaoenses, pero después de escuchar cómo entonan sus palabras, cómo degustan el lenguaje, cómo lo saborean, lo acarician, lo hacen chicle y magia, uno de inmediato les cambiaría

el gentilicio por el siguiente: amanuenses del bien hablar.

Esos amanuenses saben descifrar la magia, porque viven en medio de ella, de la selva amazónica. Están tan orgullosos de su cultura, su ciudad, su selva y toda la magia que los circunda, que utilizan palabras que bien pueden servir para besar, porque tienen muchas vocales “u” en todas ellas, como la palabra *cururú*.

Y se apropian de las palabras que vienen de otro idioma y así por ejemplo lo que los intrusos denominamos Internet, para ellos es la *interneshey* los que vienen de Manhattan son de *Nofa Yorque* y si pedimos al taxista que nos lleve al Hotel Taj Mahal, con mucho gusto y alegría nos dice: claro, vamos al *Tash Majáo*.

La ópera *Parsifal*, que se escenificó en el Teatro Amazonas, habla de un “inocente puro” y en la selva amazónica habitan muchos de ellos, como los miembros de las reservas indígenas que viven en hermosas chozas y nos convidan de la tintura vegetal rojísima del fruto del arbusto urucú, junto a su choza, y nos pintan rayas rojas en el rostro, para protegernos de los espíritus malignos y de las picaduras de insectos y de todo mal, y nos abrazan y bailan con nosotros y percibimos que son seres puros, inocentes puros no porque sean indígenas sino porque viven en armonía con la madre Tierra.

Convivir con esos seres que viven en la selva amazónica es lo más intenso que puede vivir quien navegue el ancho río y descienda de la lancha para percibir el latido de esos corazones en estado de virtud. Y cuando nos despedimos nos enseñan, amanuenses del bien hablar, una palabra, tan sólo una, no son necesarias más palabras porque esa sola engloba a todas las palabras, todas las sílabas en una misma: la palabra *anhó, añó*, que significa gracias. Gracitud.

Manaos. Magia. El navegante apaciguado por la paz del mundo comprende entonces el poema de Pablo Neruda: “Amazonas / capital de las sílabas del agua, / padre patriarca, eres / la eternidad secreta / de las fecundaciones, / te caen ríos como aves, te cubren / los pistilos color de incendio, / los grandes troncos muertos te pueblan de perfume, / la luna no te puede vigilar ni medirte. / Eres cargado con esperma verde / como un árbol nupcial, eres plateado / por la

primavera salvaje, / eres enrojecido de maderas, / azul entre la luna de las piedras, / vestido de vapor ferruginoso, / lento como un camino de planeta”.

Capital de las sílabas del agua. Cuando la embarcación se adentra en los manglares y se apaga el motor y la nave queda quieta, mecida por la nada y por el todo, el navegante escucha la sinfonía más hermosa y estremecedora de su vida: el canto de la selva, la polifonía de las aves invisibles, confundidas con las hojas de los altos árboles, cuyos troncos están mojados por el río que crece cada año hasta veinte metros y luego desaparece; por arte de magia.

La ópera *Parsifal* sucede en medio de la floresta y en medio de la selva palpita Manaos. La música de Wagner suena como una mole de agua que se escancia en la mente y permea el corazón, lo inunda de un sentimiento de vastedad, de cosmos nocturno y anhelante. La redención a quien redime, que es una de las frases capitales del libreto, acude al escucha cuando los coros cantan desde el techo del Teatro Amazonas y las bailarinas bailan con el torso desnudo, al igual que lo hacen las indígenas amazónicas selva adentro, una bella coreografía ideada por la maestra Ruby Tagle, artífice de la danza en este *Parsifal* tan mágico en medio de la magia.

Suenan campanas en medio de la orquesta. Un *set* doble de timbales eleva el clímax de tubas wagnerianas, trombones y

trompetas. La melodía infinita, ese invento de Wagner para crear su propio alfabeto y así nombrar la esencia humana, suena junto al *leitmotiv*, también de su invención, que identifica a cada personaje, cada situación, cada atmósfera. La música infinita de quien anheló la obra total, la conjunción de todas las artes en sus óperas, suena junto al río-mar, en medio de la selva del Amazonas, como una bendición cósmica mientras la música emerge de ese abismo mágico: el foso de la orquesta, otro de los muchos inventos de don Richard Wagner, ese mago, taumaturgo, loco genial que al igual que don Brian Sweeney Fitzgerald, a quien la historia conoce como Fitzcarraldo, arrastró su barco en medio de la selva para fundar una casa de ópera en Iquitos, ese pequeño puerto peruano en la ribera naciente del Amazonas, y uno entonces en medio del río-mar, navegando en una embarcación donde se palpa la infinitesimal partícula del cosmos que somos en medio de tantas toneladas de agua, recordamos a Klaus Kinski navegando en el Amazonas en esa otra obra maestra de Werner Herzog: *Aguirre, la ira de Dios*, pero, a diferencia del conquistador, el navegante hoy, 22 de mayo de 2013, no siente el terror lacerante que experimenta Kinski-Aguirre, sino una paz interior producto de la magia que habita en Manaos.

Un Nirvana instantáneo.

Y entonces, el navío de Fitzcarraldo se adentra todavía más en la selva... **U**



Ribera del Amazonas, Brasil

